Vislumbres

Edición N.º 40-2026

Creer es sentir

Jacques Sagot
Luis Méndez

Creer es sentir

Jacques Sagot

Después de oír tocar a Menuhin, niño prodigio de trece años, Einstein se puso de pie, lloró y dijo: "Ahora sé que hay un dios". La anécdota es en todo punto representativa del siglo XX: hacía falta que un científico –el científico por antonomasia– lo certificara, para que Dios existiese. Ahora sí: podemos creer: ¡cuánta bienaventuranza! Einstein lo autorizó, por lo tanto ha de ser cierto. La falacia "de autoridad". Lo que no le creímos a Teresa de Ávila sí hemos de creérselo a Einstein. La ciencia: la más reciente forma de la superstición. Y no me refiero a las verdades ("juegos de veridicción" –los llamaría Foucault–) que la ciencia enuncia, sino a la forma en que la gente cree en ellas.

Y, sin embargo, no es el científico en Einstein el que creyó. Fue el hombre sensible. Tanto Teresa de Ávila como el autor de la teoría de la relatividad hablan desde el mismo lugar: la epifanía, la revelación, el instante de iluminación. No "inducen" o "deducen" a Dios: lo saben: eso es todo. De golpe. La razón es lenta, muy lenta: la revelación es instantánea y, por su naturaleza misma, breve. Todo éxtasis lo es. La higiene espiritual a la que se han sometido los grandes ascetas y eremitas no ha tenido

por objeto otra cosa que tratar de prolongar estos éxtasis cuanto sea humanamente posible: de "habitar" en ellos. Dificilísimo ejercicio. Más que tocar diez veces seguidas el Tercer Concierto, de Rachmaninoff. El Einstein que creyó fue el niño y el artista, no el señor de las ecuaciones trascendentales. Ese mismo escalofrío, esa misma certeza, esa sublime forma de arrobamiento me la han dado muchas veces la música y la poesía. Pero, por supuesto, yo nunca aprendí a formular ecuaciones en las cuales se encerraba la mecánica misma del universo, por lo tanto, ¿a quién puede interesarle lo que yo diga? Estoy epistemológicamente descalificado, supongo.

La fe es, primordialmente, una cuestión de sensibilidad, de apertura: aguzar los oídos y escuchar lo que la vida tiene que decirnos. El arte es un magnífico vehículo hacia la fe. Einstein decía: "No me cabe duda de que hay un jardinero, lo que yo quisiera saber es cómo siembra sus flores, cómo lo organiza, con qué leyes le da forma".

Descartes y Pascal –científicos por excelencia– nunca consideraron la ciencia como una condición de posibilidad de la fe. De hecho, pensaron al revés: es la fe la que valida la ciencia. Descartes, inmenso matemático, afirmó una vez: "Si Dios quisiese, dos y dos podrían dar por resultado cinco". La lógica de Dios no es conmensurable con la lógica humana, que quizás es menos universal de lo que pensamos. Y, por su parte, Pasteur dijo algo que me

parece ser de la mayor importancia: "Un poco de ciencia aleja al hombre de Dios, mucha ciencia lo vuelve a aproximar". Así hay gente que, por tener una pátina, un barnicito de ciencia, se creen ya iluminados en la verdad negativa: no hay Dios. Como decía Machado, entran en "esa segunda inocencia que consiste en no creer en nada". Devienen negadores profesionales, des-evangelizadores, asumen que su misión en la Tierra es desvirgar a todas esas ingenuas, primitivas e incultas almas que persisten en creer en Dios. La verdad de las cosas es que las tales almas suelen ser mucho más sofisticadas de lo que ellos creen, y bien harían en prestarles atención.

La fe es un instrumento, un músculo del alma. Nadie puede vivir sin ella. Me siento en una silla: hago un acto de fe en que no se va a quebrar. Abordo un avión: es un acto de fe en que no se va a caer. Me involucro en una relación de pareja: es un acto de fe en que ambas partes serán felices. Escribo un libro: es un acto de fe en que alguna gente lo leerá. Salgo a dar un recital: es un acto de fe en que tendré la capacidad de honrar la música que interpretaré y que el auditorio sabrá apreciarla. Aún los negadores inveterados necesitan fe: el ateo tiene fe en que Dios no existe. Una fe negativa, pero fe al fin. Todo gran proyecto científico, toda aventura humana en cualquier área de la cultura hunde sus raíces en el humus fecundo de la fe. De nuevo: hemos de desconfiar de la gente que se jacta de no necesitar la fe: es tan absurdo como pretender vivir sin oxígeno y sin agua.

Me alegra enterarme de que el prodigio Yehudi Menuhin, tocando el violín como si estuviese hablando con Dios a los trece años de edad, haya detonado una epifanía mística en Einstein. Bien por él. Pero, ¿saben ustedes una cosa? Yo nunca necesité que este señor me diese permiso para creer en Dios (de hecho, el verbo es incorrecto: uno no "cree" en Dios: Él se apodera con divina violencia, con amorosa autoridad de nuestras almas). Fe y superstición son vivencia radicalmente diferentes, y yo diría más: están en las antípodas una de la otra.

Creer ciegamente en la ciencia no es, en lo absoluto, diferente de creer ciegamente en el vudú. Toda ceguera es supersticiosa, toda superstición es ciega.